

" CULTURA Y EXPLOSIÓN "

YURI M. LOTMAN

GEDISA

SIG. BIBLIOTECA

L-316.7 LOT

## PRÓLOGO 4

El 28 de octubre de 1993 fallecía en Tartu (Estonia) Yuri Mijaïlovich Lotman pocos meses después de que apareciera publicado, *Cultura y explosión* (*Kultúra i Vzryv*), último libro que escribiera o mejor aún que dictara y que en espera de sus *No-memorias* puede servir de testamento de una importante obra semiótica que comenzó en 1960, cuando dictara sus «Lecciones sobre poética estructural» que fueron publicadas en 1964 en el primer número de los emblemáticos *Trudy po Znakovym sistemam* (Cuadernos sobre los sistemas de signos) revista de la llamada Escuela de Tartu - Moscú cuyo máximo representante fue precisamente él junto a su íntimo colaborador y coautor de tantos artículos Boris A. Uspenski.

Debe destacarse del título de la revista la explícita referencia a los «sistemas de signos». En efecto no ha sido preocupación de esta escuela el signo («aliquid quod stat pro aliquo», decían los estoicos; «something which stands for something in some respect or capacity» decía Charles Sanders Peirce) sino «los sistemas de signos», las relaciones entre los signos.

El signo, para ellos, es objeto de ciencia pero no de investigación. Objeto de investigación son los «sistemas de modelización secundarios» —el arte, los mitos, la religión...— siendo la lengua natural, que crea y modeliza el mundo, el sistema de modelización primario.

En estas más de tres décadas de investigaciones semióticas se ha ido modificando y redefiniendo el propio campo de la disciplina que comenzó considerándose justamente «la ciencia de la comunicación», fue desarrollándose en un ambicioso proyecto de crear una tipología de la cultura y últimamente ha ido perfilando una teoría e historia de la cultura como el propio Lotman define a la semiótica estableciendo nuevas fronteras y revisando o rechazando sus propios conceptos, rehusando «la pesadilla de la ortodoxia metodológica» como gustaba de decir. En diferentes escritos Lotman se ha referido a la serpiente como símbolo de la sabiduría. En sus *No-memorias* (Ne-memuary) se puede leer:

La serpiente crece, cambia de piel. Es la exacta expresión del progreso científico. Para permanecer fiel a sí mismo el proceso de desarrollo cultural debe mudar repentinamente en el momento oportuno.

La vieja piel está ahora estrecha y frena el crecimiento en vez de favorecerlo. En el curso de mi actividad de estudiante en la Escuela de Tartu y yo a veces hemos debido liberarnos de la vieja piel...

Sólo queda esperar que después de haberse liberado de la piel, la serpiente cambiando de color y aumentado de tamaño, mantenga la propia integridad.

Yuri M. Lotman había nacido en 1922 en San Petersburgo donde estudió y tuvo como maestro entre otros a Vladimir J. Propp. La misma San Petersburgo o Leningrado de Eijembaun, Tomasevki, Tymanov o Bajtin. Y la misma San Petersburgo que a finales del siglo XX contó en su universidad con científicos de la talla de Mendeleiev o de su discípulo Vernadski, que tanto influiría mucho tiempo después en la obra de Lotman.

La proximidad de Lotman a las ciencias —amén de su reconocida vocación por la entomología— es tan temprana que en uno de sus primeros trabajos, «Métodos exactos en la ciencia literaria soviética», sostiene que a través de las matemáticas, la teoría de la información, la cibernética, etc. se puede superar la contraposición decimonónica entre ciencias exactas y ciencias humanas.

La fascinación que encontró Jakobson en la teoría de la información —tras la lectura de *Teoría matemática de la comunicación* de Shannon y Weaver (1949)— para elaborar su modelo de la comunicación debió contagiarse también a Lotman quien en *La estructura del texto artístico* recurre al método del matemático Kolmogorov para la mediación de la entropía del lenguaje.

El entusiasmo informacionista les llevó a definir la cultura, objeto prioritario de investigación, como «conjunto de la información no hereditaria acumulada, conservada y transmitida por los diferentes colectivos de la sociedad humana» o «memoria no hereditaria de la colectividad».

En *Cultura y explosión* Lotman revisa esta y otras definiciones herederas de la teoría de la información. Para él las teorías científicas que analizan la circulación de los mensajes enriquecen nuestro conocimiento sobre las formas de transmisión, acumulación y conservación de la información, pero no añaden nada al conocimiento sobre el modo en que nacen nuevos mensajes en la cadena que va del emisor al destinatario.

Una representación ideal de un emisor y un destinatario dotados de códigos iguales y totalmente privados de memoria permite reconocer que la comprensión es perfecta, pero el valor de la información será mínimo y la información misma rigurosamente limitada. Sería el caso de actos de habla como las órdenes o de casos «abstractos» particulares de un modelo normal que no puede no ser plurilingüístico.

El modelo de la comunicación, basado en un iluso modelo monolingüístico permitió la identificación cara al estructuralismo entre lengua y código (donde código equivale a una estructura creada, artificial e introducida con un acuerdo instantáneo); Lotman dirá que la lengua es el código más su historia, trasladando a la traducción y transformación de sistemas una comunicación que pareciera reducirse a la simple transmisión de información. La misma naturaleza del acto intelectual —dirá en varias ocasiones— puede ser descrito en términos de traducción de una lengua a otra. Si el ruido, por ejemplo, era una anomalía debido a imperfecciones técnicas en el modelo físico-matemático de la comunicación, en esta nueva perspectiva el ruido

puede verse como estructurador de nuevos sentidos; la no comprensión normal es un mecanismo de sentido tan importante como la comprensión. Por ello propone introducir el concepto de tensión, de resistencia de fuerzas que los espacios de emisión y recepción oponen el uno al otro. La comunicación lingüística se diseña para nosotros, dice, como una tensa intersección de actos lingüísticos adecuados e inadecuados (Es frecuente en Lotman el recurso a términos propios de las matemáticas de los conjuntos, acaso inspirado en otro teórico de San Petersburgo, G. Cantor).

Una vez más interviene su inalterable premisa; el punto de partida de cualquier sistema semiótico no es el signo singular aislado, sino la relación que existe al menos entre dos signos; el punto de partida resulta ser no el modelo aislado, sino el espacio semiótico.

Su preocupación por el espacio semiótico le llevó años atrás a proponer el concepto de semiósfera —en el artículo «O semiósfera», de 1984, dedicado a Roman O. Jakobson, in memoriam— en clara analogía con el de biosfera de V. Vernadski (San Petersburgo 1863 - Moscú 1945), eminente biogeoquímico, de saber enciclopédico que escribió *Pensamiento filosófico de un naturalista* en donde afirma que «el hombre, como en general todo lo que es vivo, no constituye un objeto en sí mismo, independiente del ambiente que le circunda» o «la biosfera (capa o zona de la corteza terrestre que se encuentra en la superficie de nuestro planeta y acoge todo el conjunto de la materia viva) tiene una estructura perfectamente definida que determina sin exclusiones todo lo que acontece en su interior».

Para Vernadski —como ha notado S. Tagliagambe en *Epistemología de confine*— si es verdad que ningún organismo podría existir en ausencia de un ambiente en el que moverse y actuar, también es verdad que el ambiente, entendido no como simple «escenario físico» externo a los organismos, sino como mundo en el que éstos están inmersos, no tiene ningún sentido fuera de la referencia a la vida y a sus manifestaciones concretas. Visto así, continúa Tagliagambe, se sustituye la noción de adaptación por la de «construcción», lo que permite poner en evidencia cómo los organismos eligen, sobre la base de su propia organización interna, los trozos y fragmentos del mundo externo relevantes para su existencia, alteran la escena en que viven cambiando la estructura física y haciéndola más y mejor habitable para su prole. El terreno en que crecen las plantas es modificado por su crecimiento y la atmósfera en que viven los organismos se modifica por su propia presencia.

Si utilizáramos el modelo de la comunicación, no estamos en presencia aquí de algo que pueda ser descrito en términos de transferencia de información de un emisor (el ambiente) a un destinatario (el organismo) ni concebido como el pasaje de una señal que se mantiene inalterada en este proceso. Estamos, por el contrario, frente a continuos procesos de transformación, asimilables a verdaderas operaciones de traducción, de una lengua (la del mundo externo) a otra (la de un determinado sistema vivo), como sostiene Tagliagambe quien recuerda cómo el mismo Vernadski no se cansó de subrayar que ese «gran sistema» en el interior del cual la vida se manifiesta y se desarrolla —la biosfera— es un complejo «mecanismo de transformación y traducción» y un «sistema de confin».

No es extraño que Lotman quedara fascinado (sic) con la lectura de Vernadski, como hace constar en una carta a Boris Uspenski (19-03-82).

Estamos inmersos en un espacio semiótico del que formamos parte, insiste nuestro autor. Es imposible, pues, separar al hombre del espacio de las lenguas, de los signos, de los símbolos. Un espacio, el de la semiósfera, fuera del cual es imposible la existencia de la semiósis; sólo la existencia de tal universo hace realidad el acto significativo particular.

Imaginamos la sala de un museo en la cual estén expuestos objetos que pertenecen a diferentes siglos, inscripciones en lenguas notas e ignotas, instrucción para describirlas, un texto explicativo redactado por los organizadores, los esquemas de itinerarios para ver la exposición, las reglas de comportamiento para los visitantes. Si colocamos también a los visitantes con sus mundos semióticos, tendremos algo que recuerda el cuadro de la semiósfera.

La valoración de los espacios interior y exterior no es significativa. Significativo para Lotman es el hecho mismo de la presencia de un confin o frontera. Para definir la frontera recurre otra vez al vocabulario de las matemáticas: la frontera en matemáticas es un conjunto de puntos que pertenecen simultáneamente al espacio interior y al espacio exterior.

La función de toda frontera —desde la membrana de la célula viva hasta la biosfera de Vernadski, la semiósfera— se reduce a limitar la penetración de lo exterior, a filtrarlo y a elaborarlo para su posterior adaptación.

Característico de la semiósfera es la separación de lo propio respecto a lo ajeno, el filtro de los textos externos y la traducción de estos al propio lenguaje. Un procedimiento que consiste en la semiotización de lo que entra de afuera y su conversión en información. A la estructura de la frontera de la semiósfera —movible y penetrable— pertenecen todos los mecanismos de traducción que están al servicio de los contactos externos.

El mundo de la semiósis no está fatalmente cerrado en sí, sino que forma una estructura compleja y heterogénea que continuamente «juega» con el espacio que le es externo. De ahí la importancia del diálogo no sólo en el sentido de Bajtin («el diálogo precede al lenguaje y lo genera»), de la definición del lugar que ocupa la cultura en el espacio extracultural (la cultura no sólo construye su organización interna, sino que construye al mismo tiempo su desorganización externa), sino en el de la relación del sistema con el mundo que se extiende más allá de sus límites a la relación entre lo dinámico y lo estático, entre lo homogéneo y lo heterogéneo.

En esta perspectiva hay que señalar una gran innovación en la propuesta de Lotman que altera toda una tradición imanentista en el modo en que la semiótica ora heredera del estructuralismo ora del método formal o formalismo, encaraba su objeto de análisis, esto es el texto o dispositivo pensante, como lo llama Lotman. El texto se veía como una entidad separada, aislada, estable y autónoma. Tras los trabajos de Lotman el texto se ve como un espacio semiótico en el interior del cual los lenguajes interactúan, se interfieren y se autoorganizan jerárquicamente. Puesto que la dimensión del signo no es pertinente —como enseñó Hjelmslev—, la cultura en su totalidad puede ser considerada como un texto pero, como advierte Lotman, es un texto complejamente organizado que se descompone en una jerarquía de «textos en los textos» y que forman complejas tramas de textos. Así, puesto que la propia palabra «texto» encierra en

su etimología el significado de trama, se le devuelve al concepto «texto» su significado inicial. Al hablar del «texto dentro del texto» se quiere subrayar el papel de los límites del texto, ya sea de los externos que lo separan del no texto, ya sea de los internos que dividen sectores de diferente codificación.

En *Cultura y explosión* Lotman pone el ejemplo de cómo, sobre el fondo de una tradición que incluye el pedestal o el marco en el dominio del no texto, el arte de la época barroca lo introduce en el texto transformando por ejemplo el pedestal en una roca y ligándolo de manera temática en una única composición con la figura. El ejemplo que da Lotman como característico de la inserción del pedestal en el texto del monumento es la roca sobre la cual Falconet situó su estatua de Pedro el Grande en San Petersburgo.

«Paolo Trubeckoi, al proyectar el monumento a Alejandro III, introduce en él una cita escultórica de la obra de Falconet: el caballo puesto sobre una roca. La cita tenía, sin embargo, un sentido polémico: la roca que bajo los zócalos de Pedro confería a la estatua un empuje hacia adelante, en Trubeckoi se transformaba en barranco y abismo. Su caballero había cabalgado hasta el límite y se había detenido pesadamente sobre el precipicio». Al parecer el sentido era tan explícito que ordenaron al escultor sustituir la roca por el tradicional pedestal.

Como la «memoria del género» introducido por Bajtin, el texto, para Lotman, restaura el recuerdo y genera nuevos sentidos. Merece la pena traer aquí la disputa entre la señora Prostakova y su siervo, el sastrero Trishka, que tanto le gustaba a nuestro autor:

SRA. PROSTAKOVA:.... un sastrero aprende de otro, éste de un tercero, pero el primer sastrero ¿de quién aprendió? Contéstame, bestia.

TRISHKA: Pues, el primer sastrero, puede que cosiera incluso peor que yo.

Frente a la herencia formalista que veía el texto como un sistema cerrado, autosuficiente, organizado sincrónicamente y aislado (aislado no sólo en el tiempo —del pasado y del futuro— sino aislado también espacialmente del público y de todo aquello que se situara fuera del mismo texto), Lotman, que alguna vez dijo «el texto crea a su público a imagen y semejanza», ve en el texto la intersección de los puntos de vista entre el autor y el público. Aislar sectores de la cultura del espacio histórico que lo circunda fue en el comienzo de los estudios semióticos una elección «en parte obligada y en parte polémica» (sic). Ahora, en cambio, sostiene que al desplegar el objeto de la semiótica y mundo externo se convierte, en esta perspectiva, en objeto de análisis. De este modo la irrupción en el sistema de lo que es extratextual constituye una de las fundamentales fuentes de transformación de un modelo estático en un modelo dinámico.

Así las cosas, el pasado se deja aferrar en dos manifestaciones: la memoria directa del texto, encarnada en su estructura interna, en su inevitable contradicción, en la lucha immanente con el sincronismo interno; y externamente como correlación con la memoria extratextual. El futuro se presenta como el espacio de los estados posibles.

El presente, a su vez, en relación con el futuro, es un estallido de espacio de sentido todavía no desplegado. Contiene en sí todas las posibilidades de desarrollo futuras. Subraya Lotman que la elección de una de ellas no está

determinada ni por las leyes ni por la casualidad ni por la probabilidad: en el momento de la explosión estos mecanismos se vuelven inactivos. La elección del futuro se realiza, insiste Lotman, como casualidad.

Cabe recordar aquí la hipótesis del Premio Nobel Ilya Prigogine según la cual las estructuras que no se encuentran en constante equilibrio un cambio casual puede devenir el inicio de una formación estructural, y sus conceptos de «bifurcación» y «fluctuación». El momento de la explosión se coloca en la intersección de pasado y futuro en una dimensión casi atemporal (la idea de atemporalidad no está ligada a la real cronología del proceso que en la realidad puede durar incluso mucho. La caída del Imperio romano, por ejemplo, sería en esta perspectiva un típico proceso explosivo aunque se haya dilatado algunos siglos).

Desde el punto de vista del que lo describe, lo que no ha sucedido es interpretado como imposible, del mismo modo que lo acaecido es proclamado lo único posible incluso «fundamental e históricamente predeterminado». A la casualidad se le atribuye fatalmente el peso de lo que es normal e inevitable. Para referirse a la «casualidad», Lotman, como en tantas ocasiones, recurre a Pushkin:

No digan: no puede ser de otro modo. Si eso fuera verdad, entonces el historiador sería un astrónomo y los acontecimientos de la vida de la humanidad estarían predichos en los calendarios, lo mismo que los eclipses solares. Pero la Providencia no es un álgebra. La mente humana, según la expresión del vulgo, no es un profeta, sino un adivino: ve el curso general de las cosas y puede extraer de éste profundas suposiciones, a menudo justificadas por el tiempo, pero le es imposible prever la casualidad, poderoso, instantáneo instrumento de la Providencia.

La mirada del historiador es un proceso secundario de transformación retrospectiva. El historiador mira al acontecimiento con una mirada dirigida del presente al pasado, mirada que por su propia naturaleza transforma el objeto de la descripción. El cuadro de los acontecimientos sale de las manos del historiador posteriormente organizado.

El momento casual, imprevisible de la explosión interrumpe la cadena de causas y efectos al que el historiador le aplica una regularidad que le consiente convertir un proceso explosivo —campo minado de gran densidad informativa— en un proceso gradual como un río con un potente pero orientado fluir.

Una de las preguntas que subyacen en *Cultura y explosión* es ¿sobre qué se basa el desarrollo de la cultura? ¿Sobre la gradualidad o la explosión? Pregunta que queda abierta pero que permite indagar sobre la imagen que diera de Clio en uno de sus últimos textos: Clio se presenta no como una pasajera en un vagón que rueda por los raíles de un punto a otro, sino como una peregrina que va de encrucijada en encrucijada y elige un camino. (A diferencia del círculo, el triángulo, el cuadrado que simbolizan fuerzas sobrehumanas superiores, la encrucijada, en sánscrito, ya significaba la elección, el destino, los principios humanos: la razón y la conciencia.)

A diferencia de la historiografía francesa (la Escuela de los «Annales») que estudia los procesos de *longue durée*, procesos lentos, transformaciones

lentas e imperceptibles, invariantes históricas, la Escuela de Tartu-Moscú ha ido desplazándose, en la semiótica del arte («hija de la explosión») hacia el estudio de procesos explosivos. Pero, advierte Lotman, estudiar los procesos de larga duración, de extensión plurisecular y estudiar el relampago de la explosión de brevedad atemporal son dos aspectos del análisis histórico que no sólo no se excluyen, sino que se presuponen el uno al otro.

La cultura como conjunto complejo se halla formada por estratos que se desarrollan a diferente velocidad de modo que cualquier corte sincrónico muestra la simultánea presencia de varios estados. Las explosiones, en algunos estratos, pueden unirse a un desarrollo gradual en otros. Esto, sin embargo, dice Lotman, no excluye su interacción. La dinámica de los procesos, en la esfera de la lengua y de la política, de la moral y de la moda, demuestran las diferentes velocidades de movimiento de estos procesos.

No es extraño que en *Cultura y explosión*, donde se ocupa del «espejo» del «sueño», del «loco y el tonto», del «dandy» o admirablemente de «el honor y la gloria», dedique también algunas páginas a un tema recurrente en su obra como es el de la moda, que con sus constantes epítetos «caprichosa» «voluble» «extraña», que subrayan la ausencia de motivación, la aparente arbitrariedad de un movimiento, se convierte para él en metónimo del desarrollo cultural. Permite observar la constante lucha entre la tendencia a la estabilidad, a la inmovilidad y la orientación opuesta hacia la novedad, la extravagancia: todo entra en la representación de la moda, casi la visible encarnación de la novedad inmóvil.

La moda es siempre semiótica, transformando lo insignificante en significativo. El vestido es un texto que se dirige a alguien; por eso es fundamental el punto de vista del observador.

En otros textos Lotman se refiere a la ostentosa simplicidad del uniforme de Napoleón, quien, sin embargo, prestaba gran atención a los uniformes de sus mariscales y generales, a su teatralidad y espectacularidad: su asesor era el célebre actor Tahma. La simplicidad del uniforme de Napoleón destacaba frente al manierismo de sus oficiales y artesanos. La descripción de Lotman subraya que en este caso el emperador es quien observa, que la corte y el mundo entero no son sino un espectáculo montado para él; en cuanto a él, si también constituye un espectáculo, puede presentar sólo el espectáculo de su propia grandeza, indiferente a la propia espectacularidad.

Otro ejemplo es la evolución del modo de vestir de Stalin. En los años veinte el uniforme de todos los dirigentes del partido era semi-militar. A partir de la mitad de los treinta los uniformes de las jerarquías superiores fueron modificados para realizar una mayor representatividad y solemnidad. Sólo los máximos dirigentes continuaron en una simplicidad espartana, alcanzando cotas extremas en el caso de Stalin (que mantenía la posición de quien observa).

Hubo transformaciones significativas al final de la guerra: en un brindis al pueblo ruso, pronunciado durante las celebraciones de la victoria, Stalin usó expresiones que testimoniaban su profunda inseguridad: brindó a la paciencia del pueblo ruso y al hecho de que no hubiese echado a sus propios dirigentes, admitiendo de modo tan imprudente haber considerado esta posibilidad como algo del todo real. Desde aquel momento también él tuvo en cuenta el punto de vista del observador: adoptó el uniforme de gran maris-

cal, se hizo condecorar con la insignia del Orden de la Victoria, etc. La ostentosa seguridad de quien observa y controla todo y a todos ocupaba el lugar, concluye Lotman, de la inseguridad de un hombre preocupado por el propio aspecto.

De este último libro de Lotman se puede decir lo que él mismo dice de los descubrimientos que tienen el carácter de explosiones intelectuales: No pueden ser descifradas desde el pasado y no es posible prever de manera unívoca sus consecuencias.

*Jorge Lozano*

## 1

# Planteamiento del problema

Las cuestiones fundamentales de todo sistema semiótico son, en primer lugar, la relación del sistema con el extrasistema, con el mundo que se extiende más allá de sus límites y, en segundo lugar, la relación entre estática y dinámica. Esta última cuestión podría ser formulada así: de qué manera un sistema puede desarrollarse permaneciendo él mismo. Ahora bien, ambos problemas pertenecen al grupo de las cuestiones más radicales y al mismo tiempo más complejas. La relación entre sistema y realidad externa y su recíproca impenetrabilidad, ya desde los tiempos de Kant, ha sido a menudo examinada. En nuestro caso, estos problemas adoptan el aspecto de la antinomia entre la lengua y el mundo más allá de los límites de la lengua. El espacio, que se extiende fuera de la lengua y más allá de sus límites, entra en la esfera de ésta y se transforma en "contenido" solamente como elemento constitutivo de la dicotomía contenido/expresión. Hablar de contenido no expresado es un sinsentido.<sup>1</sup> Por eso no se trata de la relación entre contenido y expresión, sino de la contraposición entre el dominio de la lengua, con su contenido y expresión, y el mundo que se extiende más allá de la lengua. En realidad, esta cuestión está vinculada con el segundo problema: la naturaleza de la dinámica lingüística.

La relación entre lengua y realidad extralingüística es uno de los problemas fundamentales. El plano del contenido, en la acepción con la cual introdujo F. de Saussure este concepto, representa una realidad convencional. La lengua crea un mundo propio. Al mismo tiempo, surge la cuestión del grado de

La fase siguiente consiste en el hecho de que el comportamiento atípico se inserta en la conciencia como transgresión posible: monstruosidad, delito, heroísmo. En esta fase sobreviene la división entre el comportamiento individual (anómalo) y el colectivo "normal". Y solamente en la fase siguiente surge la posibilidad de que el comportamiento individual se convierta en ejemplo y norma para el común, y que el comportamiento común funcione como parámetro para evaluar el individual; surge entonces un sistema único, en el cual estas dos posibilidades se realizan como aspectos indivisibles de un único conjunto.

Así, el comportamiento individual y el colectivo surgen simultáneamente como oposiciones recíprocamente necesarias. Les precede el desconocimiento, y en consecuencia, como una "inexistencia" social ya sea de uno como del otro. El primer estadio del conocimiento es provocado por la enfermedad, las heridas, la monstruosidad, o por las periódicas excitaciones fisiológicas (por ejemplo, las del ciclo primaveral). En el curso de estos procesos se delinea la individualidad, la que nuevamente se disuelve en la ausencia de individualidad. Las diferencias constantes y estables de comportamiento (de sexo, de edad) se transforman de fisiológicas en psicológicas solamente con la configuración de la personalidad, es decir, cuando aparece la libertad de elección.

Así, gradualmente psicología y cultura sustraen espacio a la fisiología inconsciente.

## Notas

<sup>1</sup> Lo que ha sido dicho no excluye que la expresión pueda ser marcada por un cero significativo, estar presente como ausencia: "y lis' molcanie ponjatno govorit" [y solamente el silencio habla de manera comprensible] [Lotman cita el último verso del poema *Neurazymoe* [Lo inexpressable] escrito en 1819, cfr. V.A. Zhukovski, *Sobranie sochinenij v. 4t.* [Obras completas en cuatro volúmenes], Moscú-Leningrado 1939, vol. I, p. 337.]

<sup>2</sup> I. Kant, *Crítica de la razón pura*. México, Porrúa, 1976, §16, pp. 81-82. La cursiva es de Kant

<sup>3</sup> Introducimos intencionalmente una cierta transformación en la idea de Kant identificando su "yo" con el sujeto de la lengua.

## 2

# El sistema monolingüístico

El modelo de comunicación, ya tradicional, del tipo:



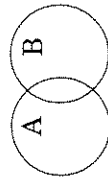
perfeccionado por R.O. Jakobson, ha servido de base a todos los modelos comunicativos. Según este esquema, la finalidad de la comunicación, como sugiere la misma palabra (*comunitas*: comunidad, sociabilidad), es lograr precisamente una adecuación en la comunicación: las perturbaciones en ella son consideradas como obstáculos provocados por inevitables imperfecciones técnicas; en un modelo ideal, tal como aparece en el campo teórico, estas imperfecciones pueden ser omitidas. En la base de estas consideraciones se encuentra la transferencia a la realidad lingüística de la abstracción que prevé una identidad completa entre emisor y destinatario. El modelo abstracto de la comunicación sobreentiende no sólo el uso de un mismo código, sino también un mismo volumen de memoria entre el emisor y el destinatario. En realidad, la sustitución del término "lengua" por "código" no es tan inocua como parece. El término "código" conlleva la idea de una estructura creada, artificial, e introducida con un acuerdo instantáneo. El código no supone la historia, esto es, psicológicamente nos orienta hacia el lenguaje artificial, que se presume es el mode-

lo ideal del lenguaje en general. La "lengua", en cambio, inconscientemente suscita en nosotros la representación de la extensión histórica de la existencia. Una lengua es el código más la historia. Esta concepción de la comunicación implica ciertas conclusiones fundamentales. La transmisión de la información dentro de una "estructura sin memoria" garantiza realmente un alto grado de identidad. Si nos representamos al emisor y al destinatario dotados de códigos iguales y totalmente privados de memoria, entonces la comprensión entre ellos será perfecta, pero el valor de la información transmitida será mínimo, y la información misma rigurosamente limitada. Un sistema tal no puede cumplir con todas las diversas funciones que históricamente competen a la lengua. Se puede decir que un emisor y un destinatario, perfectamente idénticos, se comprenderán bien mutuamente uno al otro, pero no tendrán de qué hablar. El ideal de una información de ese tipo se da en la transmisión de órdenes. El modelo de comprensión perfecta no es aplicable ni siquiera a la comunicación interna del hombre consigo mismo, ya que en este último caso se supone el traslado de un intenso diálogo al interior de una misma personalidad. Según las palabras del Fausto goethiano:

Zwei Seelen wohnen, ach! in meiner Brust,  
Die eine will sich von der andern trennen.<sup>1</sup>

En la comunicación humana normal y, aun más, en el funcionamiento normal de la lengua, se parte del presupuesto de una no identidad de base entre hablante y oyente.

En estas condiciones resulta normal una situación de intersección del espacio lingüístico del hablante y el oyente:



En una situación de no intersección la comunicación se supone imposible, mientras que una total identidad de A y B la vuelve carente de contenido. Así, mientras se admite una determinada intersección de estos espacios, al mismo tiempo se admite también la intersección de dos tendencias contradictorias: la aspiración de facilitar la comprensión, que cons-

tantemente llevará a tentativas de ampliar el campo de la intersección, y la aspiración de acrecentar el valor del mensaje, que se halla unida a la tendencia a ampliar cada vez más las diferencias entre A y B. Por lo tanto, en la comunicación lingüística normal es indispensable introducir el concepto de tensión, de una cierta resistencia de fuerzas, que los espacios A y B oponen uno al otro.

El espacio de intersección de A y B se vuelve el espacio natural para la comunicación, mientras que las partes no en intersección parecerían excluidas del diálogo. También aquí nos encontramos frente a una contradicción: el intercambio de información dentro de los límites de las partes interseccionadas del espacio de sentido continúa sufriendo el mismo vicio de la trivialidad. El valor del diálogo resulta unido no a la parte que se intersecciona, sino a la transmisión de información entre las partes que no se interseccionan. Esto nos pone ante una contradicción insoluble: estamos interesados en la comunicación justamente a causa de esa situación que vuelve difícil la comunicación y, en el límite, la hace imposible. Mejor aún, cuanto más difícil e inadecuada sea la traducción de una parte no interseccionada del espacio a la lengua de la otra, más precioso se vuelve, en las relaciones informativas y sociales, el hecho de esta comunicación paradójica. Se puede decir que la traducción de lo intraducible resulta ser, para el portador de información, de un valor elevado. Consideremos los ejemplos, por un lado, de una traducción en la cual las lenguas se relacionan de manera similar y, por el otro, una en la cual sean diferentes por principio. La traducción, en el primer caso, será relativamente fácil. En el segundo caso, encontrará inevitablemente dificultades y generará una indeterminación de sentido. Así, por ejemplo, si en el primer caso se trata de la traducción de un texto no literario de una lengua natural a otra, entonces la traducción inversa nos devolverá en cierta medida el sentido original. Si, en cambio, se considera el caso de la traducción del lenguaje de la poesía al de la música, entonces una univoca exactitud de sentido se hace imposible. Esto se refleja en la enorme posibilidad de variantes para el caso de la traducción inversa.<sup>2</sup>

La comunicación lingüística se diseña para nosotros como una tensa intersección de actos lingüísticos adecuados e inadecuados. En cambio, la no comprensión (conversación en

lenguas no completamente idénticas) se presenta como un mecanismo de sentido tan importante como la comprensión. La victoria exclusiva de alguno de estos polos representaría la destrucción de la información que se crea en el campo de su tensión recíproca. Las diferentes formas de contacto— en las cuales la comunicación lingüística usual es colocada en uno de los polos, y la artística en el otro— representan deslizamientos que, desde un punto neutro central, se dirigen ora hacia la facilidad de comprensión ora en la dirección opuesta. Pero la victoria absoluta de uno de estos polos es teóricamente imposible y en la práctica sería funesta. Una situación en la que la unidad mínima generadora de sentido sea no una lengua sino dos, crea toda una cadena de consecuencias. Antes que nada, la misma naturaleza del acto intelectual puede ser descrita en términos de traducción de una lengua a la otra, mientras la realidad extralingüística es ella misma concebida como un tipo de lengua. A ella se adscribe una organización estructural y la posibilidad potencial de aparecer como contenido de un conjunto heterogéneo de expresiones.

### Notas

<sup>1</sup> J. W. Goethe, *Faust*, Leipzig, 1982, pp. 51-52 ["Dos almas, ¡ay!, anidan en mi pecho, y la una pugna por separarse de la otra"] [Fausto, trad. al español de Rafael Cansinos Assens, de editorial Aguilar, reproducido por Biblioteca Básica Universal, Bs. As., CEAL, 1968, p. 31.]

<sup>2</sup> El caso de la traducción del lenguaje de la prosa literaria al lenguaje del cine es una de las realizaciones más complejas de la segunda variante, ya que la afinidad entre el lenguaje de la prosa literaria y el cine es ilusoria. Las dificultades aquí no disminuyen sino que aumentan. Ignorar esto constituye la fuente de numerosos fracasos que se verifican en las realizaciones de versiones cinematográficas.

## 3

### El progreso gradual

El movimiento hacia adelante se realiza por dos vías. Nuestros órganos de los sentidos reaccionan frente a pequeños estímulos, que en el nivel de la conciencia son percibidos como un movimiento continuo. En este sentido la continuidad es una previsibilidad implícita. Su contrario es la imprevisibilidad, el cambio realizado en las modalidades de la explosión. El desarrollo previsible se presenta en este escenario como una forma de movimiento significativamente menos importante.

La imprevisibilidad de los procesos explosivos no es absolutamente la única vía hacia lo nuevo. Por el contrario, esferas enteras de la cultura pueden realizar su propio movimiento sólo bajo la forma de cambios graduales. Dado que los procesos graduales y los explosivos representan una antítesis, existen sólo por su relación de reciprocidad. La anulación de uno de los polos llevaría a la desaparición del otro. Todos los procesos dinámicos explosivos a los que nos hemos referido en el capítulo anterior, se realizan en un complejo diálogo dinámico con los mecanismos de estabilización. No debe conducir a error el hecho de que en la realidad histórica aparezcan como enemigos, tendientes al total aniquilamiento del polo opuesto. Esto sería funesto para la cultura. Por fortuna resulta imposible de realizar. Aun cuando los hombres estén firmemente convencidos de realizar en la práctica alguna teoría ideal, la esfera práctica incluye en sí también las tendencias opuestas: éstas pueden adoptar formas monstruosas pero nunca ser anuladas.